

especial para *El Financiero*, edición del 8 de octubre de 1992
Michoacán

miguel ángel granados chapa

A casi un año exacto (el suceso potosino ocurrió el 9 de octubre, mientras que el michoacano aconteció el 6), un nuevo gobernador impedido por la protesta ciudadana para ejercer su cargo, ha tenido que retirarse. Aunque con matices determinados por la peculiaridad de cada situación, Eduardo Villaseñor ha sido el Fausto Zapata de este otoño.

Ambos dijeron haber sido impelidos para dar el paso por enternecedoras consideraciones sobre el bien público. Ambos mintieron. A cada uno de ellos se les ordenó que abandonaron el cargo al que se les había conducido, a contrapelo incluso de muchos de sus correligionarios.. En los dos casos la misma voluntad obró efectos contrarios: primero los elevó y luego los dejó caer. Pero esas acciones no fueron fruto de una voluntad caprichosa, engolosinada en manejar como títeres a quienes se prestaran para eso. Resultaron de un diagnóstico equivocado, producto a su vez de un notorio desconocimiento de realidades sociales, políticas y aun jurídicas, ajenas a la circunstancia inmediata del grupo, en torno a la figura presidencial, que toma las decisiones por ahora.

Salvo que pensemos en que simplemente se cometió una monumental tontería en Michoacán, es necesario hallar una causa estructural que explique la designación de Villaseñor como candidato priísta. Esta parece consistir en la tentación de crear un nuevo tipo de político, procedente del empresariado local, unido por eso a intereses empeñados en el desarrollo de la entidad con fines patrimonialistas, y desasido de las taras que el priísmo tradicional arrastra consigo. Eso hace comprensible el que no se adoptaran decisiones que hoy parecen obvias. Si Ausencio Chávez es conveniente como gobernador interino, nada parece justificar que no se le hubiera ofrecido la oportunidad de serlo mediante la elección constitucional. Si Víctor Manuel Tinoco Rubí había recuperado para el PRI, sólo meses atrás, una de las senadurías perdidas en 1988, y si una media docena de miembros de su Cámara, igualmente elegidos en agosto pasado (Arturo Romo, José Antonio Álvarez Lima, Jesús Murillo Karam, Diódoro Carrasco, Manuel Cavazos, Mario Villanueva) pasarían a ser candidatos a la gubernatura, no hay manera de aceptar que Tinoco Rubí no cupiera en un mecanismo semejante,, más que por la circunstancia de que una estrategia de mayor alcance debiera encontrar espacio en esa entidad.

Un político novato, con apenas tres años de antigüedad y dimensiones meramente aldeanas, sería un mal candidato en cualquier circunstancia, y con mayor razón en tratándose de una entidad con potencialidad conflictiva. Esta se había convertido en acto tan claramente que sólo queriendo negar la

realidad podía ser pasada por alto. Es posible que los buenos deseos de muchos dirigentes priístas hubieran sido tomados como indicadores reales de lo que sucedía, y que se diagnosticara que el cardenismo, lastimado por una disensión interna entre las corrientes adictas a cada uno de los dos senadores elegidos en 1988, sería extirpable con una campaña dotada de amplios recursos de todo género, sin que importara quien fuera el candidato. Una lectura apresurada de los datos electorales de agosto de 1991 ratificó la idea de que bastaba un soplo para que se viniera abajo la edificación cardenista. Y ese objetivo se volvió primordial.

El neopriismo empresarial se frustró, a pesar de que se encandilaran con él los jefes del sector privado michoacano, que por primera vez querían gobernar directamente y no a través de intermediarios. Y el propósito de acabar con el cardenismo fracasó también. A cambio de aquellas metas, sólo quedó una población agitada y dolida, una ciudadanía en plena ingobernabilidad. Como el propio Villaseñor lo reconoció en un texto entregado a la prensa, las acciones perredistas destinadas a impedirle ejercer el gobierno, sólo hubieran podido ser evitadas mediante la represión, que es exactamente la situación contraria al consenso en que tiene que fundarse la faena gubernativa. En tales condiciones, sólo hacía falta saber cuánto tiempo iba a prolongarse la débil y ambigua estancia de Villaseñor en una silla portátil y por ello inestable.

La fecha quedó, probablemente, determinada por los compromisos internacionales del Presidente Salinas. Su visita a los Estados Unidos se hubiera realizado en condiciones insuficientemente favorables si el conflicto michoacano estaba en plena virulencia, si no se distendía la situación. De modo que el dedo pulgar de la misma mano cuyo índice lo había hecho candidato un semestre atrás, giró hacia abajo y Villaseñor hizo mutis. Tuvo que comerse las palabras que sólo veinticuatro horas antes le sirvieron para anunciar que gobernaría seis años.

Aunque debía ser agradecible el esfuerzo por cubrir las formas, los protagonistas son tan malos actores que todo el mundo pudo enterarse que representaban una farsa. Villaseñor no decidió por sí solo marcharse. Simplemente se le trató como al centurión del Evangelio; se le ordenó que caminara y caminó. Sus colaboradores tuvieron noticia de la decisión cuando estaba ya tomada. Es decir, tampoco fueron convocados por su reciente jefe antes de que decidiera pedir licencia. Esos colaboradores, menos duchos para la representación escénica, profirieron reproches despechados *al centro*, olvidando que de esa misma región vino la magia que hizo de Villaseñor un candidato.

Jueves 8 Oct/92

Michoacán

Miguel Angel Granados Chapa

A casi un año exacto (el suceso potosino ocurrió el 9 de octubre, mientras que el michoacano ocurrió el 6), un nuevo gobernador impedido por la protesta ciudadana para ejercer su cargo, ha tenido que retirarse. Aunque con matices determinados por la peculiaridad de cada situación, Eduardo Villaseñor ha sido el Fausto Zapata de este otoño.

Ambos dijeron haber sido impelidos para dar el paso por enternedoras consideraciones sobre el bien público. Ambos mintieron. A cada uno de ellos se les ordenó que abandonaran el cargo al que se les había conducido, a contrapelo incluso de muchos correligionarios. En los dos casos la misma voluntad obró efectos contrarios: primero los elevó y luego los dejó caer. Pero esas acciones no fueron fruto de una voluntad caprichosa, engolosinada en manejar títeres a quienes se prestaran para eso. Resultaron de un diagnóstico equivocado, producto a su vez de un notorio desconocimiento de realidades sociales, políticas y aun jurídicas, ajenas a la circunstancia inmediata del grupo, en torno a la figura presidencial, que toma las decisiones por ahora.

Salvo que pensemos en que simplemente se cometió una monumental tontería en Michoacán, es necesario hallar una causa estructural que explique la designación de Villaseñor como candidato priista. Esta parece consistir en la tentación de crear un nuevo tipo político, procedente del empresariado local, unido por eso a intereses empeñados en el desarrollo de la entidad con fines patrimonialistas, y desasido de las taras que el priismo tradicional arrastra consigo. Eso hace comprensible el que no se adoptaran decisiones que hoy parecen obvias. Si Ausencio Chávez es conveniente como gobernador interino, nada parece justificar que no se le hubiera ofrecido la oportunidad de serlo mediante la elección constitucional. Si Víctor Manuel Tinoco Rubí había recuperado para el PRI, sólo meses atrás, una de las senadurías perdidas en 1988, y si una media docena de miembros de su Cámara, igualmente elegidos en agosto pasado (Arturo Romo, José Antonio Álvarez Lima, Jesús Murillo Karam, Diódoro Carrasco, Manuel Cavazos, Mario Villanueva) pasaran a ser candidatos a la gubernatura, no hay manera de aceptar que Tinoco Rubí no cupiera en un mecanismo semejante, más que por la circunstancia de que una estrategia de mayor alcance debiera encontrar espacio en esa entidad.

Un político novato, con apenas tres años de antigüedad y dimensiones meramente aldeanas, sería un mal candidato en cualquier circunstancia, y con mayor razón en tratándose de una entidad con potencialidad conflictiva. Esta se había convertido en acto tan claramente que

sólo queriendo negar la realidad podía ser pasada por alto. Es imposible que los buenos deseos de muchos dirigentes priistas hubieran sido tomados como indicadores reales de lo que sucedía, y que se diagnosticara que el cardenismo, lastimado por una disensión interna entre las corrientes adictas a cada uno de los dos senadores elegidos en 1988, sería extirparle con una campaña dotada de amplios recursos de todo género, sin que importara quien fuera el candidato. Una lectura apresurada de los datos electorales de agosto de 1991 ratificó la idea de que bastaba un soplo para que se viniera abajo la edificación cardenista. Y ese objetivo se volvió primordial.

El neopriismo empresarial se frustró, a pesar de que se encandilaran con él los jefes del sector privado michoacano, que por primera vez querían gobernar directamente y no a través de intermediarios. Y el propósito de acabar con el cardenismo fracasó también. A cambio de aquellas metas, sólo quedó una población agitada y dolida, una ciudadanía en plena ingobernabilidad. Como el propio Villaseñor lo reconoció en un texto entregado a la prensa, las acciones perredistas destinadas a impedirle ejercer el gobierno, sólo hubieran podido ser evitadas mediante la represión, que es exactamente la situación contraria al consenso de que tiene que fundarse la faena gubernativa. En tales condiciones, sólo hacía falta saber cuánto tiempo iba a prolongarse la débil y ambigua estancia de Villaseñor en una silla portátil y por ello inestable.

La fecha quedó, probablemente, determinada por los compromisos internacionales del presidente Salinas. Su visita a Estados Unidos se hubiera realizado en condiciones insuficientemente favorables si el conflicto michoacano estaba en plena virulencia, si no se distendía la situación. De modo que el dedo pulgar de la misma mano cuyo índice lo había hecho candidato un semestre atrás, giró hacia abajo y Villaseñor hizo mutis. Tuvo que comerse las palabras que sólo veinticuatro horas antes le sirvieron para anunciar que gobernaría seis años.

Aunque debía ser agradecible el esfuerzo por cubrir las formas, los protagonistas son tan malos actores que todo el mundo pudo enterarse que representaban una farsa. Villaseñor no decidió por sí solo marcharse. Simplemente se le trató como al centurión del Evangelio; se le ordenó que caminara y caminó. Sus colaboradores tuvieron noticia de la decisión cuando estaba ya tomada. Es decir, tampoco fueron convocados por su reciente jefe antes de que decidiera pedir licencia. Esos colaboradores, menos duchos para la representación escénica, profirieron reproches despechados *al centro*, olvidando que de esa misma región vino la magia que hizo de Villaseñor un candidato.